

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
23 Noviembre 1889.
NÚMERO 60.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

DEL ARROYO

CANTAR

Tengo una pena, una pena,
un dolor y un sentimiento,
de ver que me andas rondando
y que no tengo dinero!



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.

Seis meses..... 5 .

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



A. PONS

DIARIO CÓMICO



En principio de semana
¡Obreros muchachos!
¿Cómo han cometido la tontería de escaparse de los paternos—ó maternos—jares, y exponerse á que la policía los detenga en una de las estaciones del tránsito, y después de reintegrarles en sus respectivos domicilios, les empapelen y envuelvan en un proceso por raptó y seducción, terminando en amorosa odisea el galán en la Cárcel Modelo, y la enamorada Eva en un convento ó asilo de arrepentidas?...

¡Tontos! Me refiero á los novios que se han escapado juntos el lunes de la semana pasada.

¿Pero es que éres muchachos no leen?... ¿Es que no se enteran de lo que ocurre por el mundo?...

¡Descuido imperdonable!
¡Ignorancia punible!

Jóvenes enamorados, no expóngais á vuestras amadas á las contingencias de un raptó, á las molestias de un viaje, y, sobre todo, no las hagáis víctimas de la acerada lengua de la murmuración.

Contra los obstáculos insuperables, contra la opinión de la familia, está el matrimonio por sorpresa, puesto tan en boga desde hace algún tiempo por varios aficionados.

Al terminar la misa, y antes que el celebrante se dé cuenta de vuestros propósitos, os arrodilláis, con las manos juntas y los corazones palpitanes de emoción, adoráis el signo sacrosanto de la Cruz, pronunciais la frase sacramental, cambiáis con voz sonora el anhelo de sí, y os levantáis, casados ya canónicamente y con todos los requisitos necesarios para que vuestra unión sea santa y legítima, sin necesidad de más gestos, más papeles ni más amonestaciones.

Ésas vienen luego.

No las amonestaciones canónicas precisamente, sino las familiares, gubernativas y judiciales.

Pero casados estáis, y habéis evitado el escándalo del raptó y todos los escándalos subsiguientes.

Todo esto, sin duda, ha pensado otra enamorada parejita, que en una iglesia de esta corte ha realizado su unión por este procedimiento hace pocos días.

Dicen los periódicos de que tomo la noticia, que desde la iglesia fueron conducidos al Gobierno civil.

Naturalmente.

Algunas contingencias desagradables debe tener este modo veloz é inusitado de realizar el matrimonio.

Pero en fin...

No es que yo os aconseje, queridos lectores, á los que estéis en el estado perfecto—que es el celibato—que acudáis á medidas tan enérgicas para realizar vuestra boda, ¡Dios me libre! pero sí que, de hoy más, tengáis muy presente que contra la torquedad del tutor interesado, del padre atrabillario y de la mamá intransigente, existe este medio de lograr el objeto de vuestras caricias, sin faltar á la moral, y que no tienen ya razón de ser aquellas escapatorias mal preparadas, los paseos en coche, ni el cuarto amueblado en una fonda de tercer orden; nada, nada, se casa uno bienamente, y hasta puede tener preparada de antemano la comidita de boda y el baile, donde comenzar esa etapa de felicidad y de bienandanza, que se llama la luna de miel.

¡Ah! Y el que pueda casarse tranquilamente, con todo el aparato que el argumento requiere,

que no se prive de las amonestaciones de la madrina, las chanzonetas del padrino, el seguío de amigos y parientes, las lágrimas de la suegra y los acordes del órgano.

Lo bien hecho, bien parece.

La noticia de sensación de esta semana es la del destronamiento del emperador del Brasil.

Este acontecimiento tan grave, tan trascendental, se ha llevado á cabo pacíficamente.

¿Comprenden ustedes esto?...

Un pueblo que se cansa del Imperio, y dice tranquilamente: «Me quito la corona y me pongo el gorro.» Y lo hace.

D. Pedro era un Emperador modelo. Toda la menor cantidad de Emperador posible.

Artista, literato... hasta académico...

Cumplido caballero, y hombre de mundo y de talento, ha comprendido que la cosa no tenía remedio, y á estas horas está viajando con toda su familia con rumbo á Europa. Bien venido.

La revolución del Brasil se ha realizado sin efusión de sangre. Afortunadamente.

¡Es él! ¡Horror! Vedle. Alto, grueso, fornido. Sus pies son enormes, sus manos desmesuradamente grandes; es chato, feo, pecoso de viñetas; su barba es roja, larga y enmarañada; los mechones de su pelo, de un rubio sucio, se escapan de la graciosa gorra; su mirada es traidora y cautelosa; parece que biza;

al andar arrastra perezosamente las piernas; su voz es un gruñido; su resuello fétido y caliente; su traje manchado y harapiento; da miedo verle; su sola presencia infunde terror; su vista espanta!

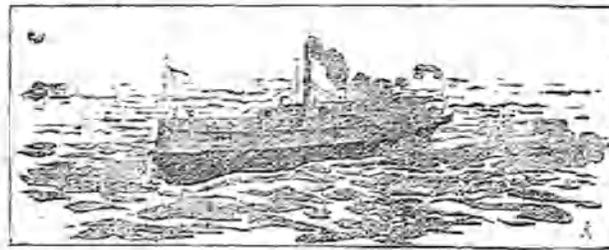
— ¿Quién es? ¿No le habéis conocido? Todos los periódicos han dado la noticia de su llegada. Yo sé más. Sé dónde vive. Calle de la

Pingarróns, 85, cuarto quinto, interior, cortador del centro... ¿No hay portería? Habla inglés. ¿Su nombre? ¡Oh! ¡Jak el Destripador! ¿A qué viene? ¡A comerse los niños crudos! Así aseguran que se lo ha escrito confidencialmente el Sr. Gobernador de la provincia. Las madres madrileñas están que no les llega la camisa al cuerpo. Una buena señora rogaba anoche á un diputado de los más conspicuos de la mayoría que tratase la cuestión en el Congreso. El diputado se eximió sonriendo, y procuró tranquilizar á la asustada señora. Pero ella no se dió por contenta, y exclamó en un raptó de cariño maternal:

— ¡Esperaba su negativa! ¡Oh, cómo se conoce que no son ustedes más que padres de la patria! ¡Si en vez de ser padres fueran ustedes madres, otro gallo nos cantara!

Ya estamos los pobres de enhorabuena. Nos han subido la carne. Poco, eso sí. ¡Pero todo se andará! Doña Transverberación se quejaba amargamente de la subida, y decía anoche á sus aterrados hijos (tiene ocho, y su marido 8,00 rs. de sueldo.—) Hijos míos, desde hoy no comeréis más que piltrafas y cordilla! — Es verdad, respondió conmovido el padre; desde que he sabido lo de la subida, tengo carne de gallina. — Pues écha esa carne en el puchero, exclamó

sonriendo el más pequeño de los muchachos.
¡Angelito!
E. NAVARRO GONZALVO.



MANTILLAS Y SOMBREROS

OPINIONES

Navarro González, que dirige bien Los MADRILES, donde su pluma se ve vertiendo gracias á miles, toma parte en la cuestión de sombreros y mantillas, luciendo su inspiración en chispeantes quintillas; y aunque no blande su acero, con el cual el mio chico, para atacar al sombrero, ni á la mantilla tampoco, defiende con gentileza, digna de un bravo adalid, el pañuelo á la cabeza de las chulas de Madrid: mas como nadie atacó lo que defiende González con tal brío, digo yo si se habrá quedado calvo!

¿Le gusta el pañuelo? Amén. y al decirlo no me duelo. ¿Cómo, si soy yo también partidario del pañuelo? Y para serlo, me fijo en la circunstancia sola

de que ese pañuelo es hijo de la mantilla manola, que en las floridas verbenas, dando el ópio á los *gachés*, ostentaban las morimas del barrio de Lapa piés.

Por eso sólo lo admito, nó como mi entendiente, que, con fervor inaudito de fanático creyente, á modo de maravilla lo coloca, en su ceguera, delante de la mantilla, que debe estar la primera; pues aunque sea *gachón* en la cabeza un pañuelo, se parece al capuchón que ponen en el Modelo!

Mas dice que, aunque le agrada un pañuelo echado atrás, una mujer *despeinada* es lo que le gusta más.

¡Miren que par de pistolas! ¿Despeinada la *chichit*? ¡Si es en un cuarto, y á solas,

á todo, nos gusta así!

Pero en la calle no hay Eva de ojos negros y rasgados que nos cautiva, si lleva los pelos enmarañados.

Me parece que con esto, de decirle aquí me aborro, que se ha salido del tintero, ó mejor dicho, del *garro*; porque es igual, á mi ver, que si hubiera discusión sobre si está la mujer bien ó mal con polición, y entre estos dos pareceres, Navarro, alzando la copa nos dijera:—¿Las mujeres? ¡A mí me gustan sin ropas!

Cualquier Alonso al atajo saltaría, diciendo al punto, mientras rompía el badajo:—¡Cifíase usted al asunto!

¿Pero á qué, si está vendido, en contestar me molesto? ¡Hasta Angel Pons le ha párrido con los dibujos del texto!

Véase aquella cabeza donde el sombrero se posa, y dígame con franqueza si no es una chica rosa.

La del pañuelo al desgaire tiene aire; lo certifica; pero ¡á ver si no es su aire el aire... del *Abanico*!

La que está representada con el pelo en dispersión, esa no me gusta nada porque no está en situación!

Allí la gran maravilla, la que amontona tesoros, es la que lleva mantilla vertiendo sal por los poros.

Queda, pues, evidenciado que de este mundo en la bola, no existe mejor tocado que la mantilla española.

Présteme su lira Apolo para cantar tanta sal, y conste que es en lo sólo que yo soy tradicional!

JOSÉ ESTRADI,

Aunque soy desconocido y peque de entrometido en la cuestión al mediar, por caridad se lo pido: ¡déjenme ustedes hablar!

Se trata, á mi parecer, nada más que de escoger el medio más conveniente de cubrir á la mujer... la cabeza solamente.

Rodao, que es un declamador de gracia, nos ha probado en su carta-poesía, que... ¿ó tiene el gusto estragado, ó tiene sombrero?

Y Estradi, en las opiniones que apoya con mil razones, que, aunque no es ningún tón,

en semejantes cuestiones está en *mantillas* aún.

Traga Navarro el anzuelo, y las curitas de cielo —dice el señor Director— con pañuelo están al pelo, y al pelo, mucho mejor.

¿No las hay acicaladas con ngüentos y pomadas? —dice González.— ¡Me salve! ¡Que me las den despeinadas! ¡Si será *peine* González!

El español, al revés del prójimo en pensar es en lo que pone su abito: aquí los hombres son tres, y las opiniones cinco.

Y yo trazo estas ramplones

y anti-rítmicos renglones con una intención muy buena: la de que las opiniones lleguen á media docena.

Ni mantillas seductoras, ni mueras inodoras de trapo y papel; yo opino lo que quizá las lectoras juzgarán un desatino.

Si el Director me dispensa, y en ello no ven ofensa los á la cuestión ajenos, voy á salir en defensa, de la *lora* nada menos.

¿Que si en un tiempo se usó con el tiempo aquí? pasó: Pues dejárame que la evoque: permitidme que ahora yo

á la antigua toca toque.

¿Que cuál es el argumento con que defender intento semejante anacronismo? Tengan paciencia un momento, vólo á decir ahora mismo.

Yo pregunto á las mujeres, mostrándolas los *enseca*:—¿Que prefieren? Contestad: y se por sus pareceres si me aprecian de verdad.

A la que dice: «sombrero» ó «mantilla» no la quiero, y á olvidarla me provoca: yo, con franqueza, prefiero á la que me dice: «¡Toca!»

FERNANDO SEQUERA.

Que perdonen los autores Navarro, Estradi y Rodao, (excelentes escritores), pero yo me lo *incamolino*, y con razón, sí, señores.

Tales cosas me permito; ni las mantillas admito; ni despeinadas, ni en pelo, ni me gustan con pañuelo, ni consiento el sombrero.

A una mujer que es divina y sutil como la ondina, aunque lo niegan doctores, le está mejor la *boina*.

la *boina*, sí, señores.

¡No asustarse! que quien haya ido una vez á Vizcaya, contento con mi opinión dirá sonriéndose: «¡Vaya si tiene el hombre razón!»

Y que me diga el señor Navarro que prefería el pañuelo, que es mejor... ¡don Eduardo, por favor, dispense que me sonría...

¡Estradi, con su lenguaje, por la mantilla trabaja, de finísimo ropaje...

Pues no, señor, que no *cueraja* á las rubias el *ensaje*.

La mantilla será buena, no lo quiero disputar; mas solamente enajena viéndose á una morena, y pare usted de contar.

Aun siendo el hombre más frío si, sobre un pelo sombrio, ve una boina, don José, de fijo que exclama usted: ¡Vaya una mujer, Dios mío!

Pues igual de la persona que de la vieja achacosá

que de la niña divina, puesta bien una *boina*, hace una mujer hermosa (1).

Y admito el pañuelo aún y la mantilla admirable; oo el sombrero de esta bled; porque antes prefiero un capuchón, de impermeable.

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

(1) Excepción, muy formal, de esta excelente opinión, á don Carlos de Borbón, que le está bastante mal.

Señor Navarro González: Tengo levantado el dedo, y con permiso de ustedes, si buenamente lo obtengo, voy á echar mi cuarto á espadas en la cuestión del sombrero (me refiero al de señoras), la mantilla y el pañuelo defendidos por Rodao, Estradi y usted; pues, bueno: he dicho que mería baza... y me decido... y la meto.

La cuestión creo que es sencillísima en extremo, y Rodao tiene razón: al defender el sombrero, Pepe Estradi la mantilla, y usted, González, el pañuelo.

Al empezar de este modo, me parece estar oyendo á alguno que se le ocurre decir: ¡vaya un pastelero! pero, amigo, se equivoca; no, señor, no hay nada de eso: doy á los tres la razón nada más que porque debo darla; no vaya á creerse que lo que debo es discurrir; y si no fuera verdad, al menos así lo creo.

Tomemos una chiquilla... ó si no... no la tomemos, que para el caso es igual, para no es más que como ejemplo, y si la *tal* es boina, con el sombrero *de bala*, y poniéndose el pañuelo

dirá todo el mundo al verla: ¡O! que viva tu cuerpo.

De modo que, lo esencial es la hermosura, que luego, como se suele decir, lo demás... es lo de menos.

Esta es mi pobre opinión, aunque no valga ni un bledo:

«Si las muchachas son guapas y además tienen calor, me parecen superiores si llevan flotando el pelo, con pañuelo á la cabeza, con mantilla y con sombrero.»

GERARDO SÁNCHEZ

LA NAVARRO GONZÁLEZ.

«Tiene, como la noche, su mirada, luz de estrellas en fondo de negrura; y un color mate su mejilla pura, como una rosa por el sol tostada.»

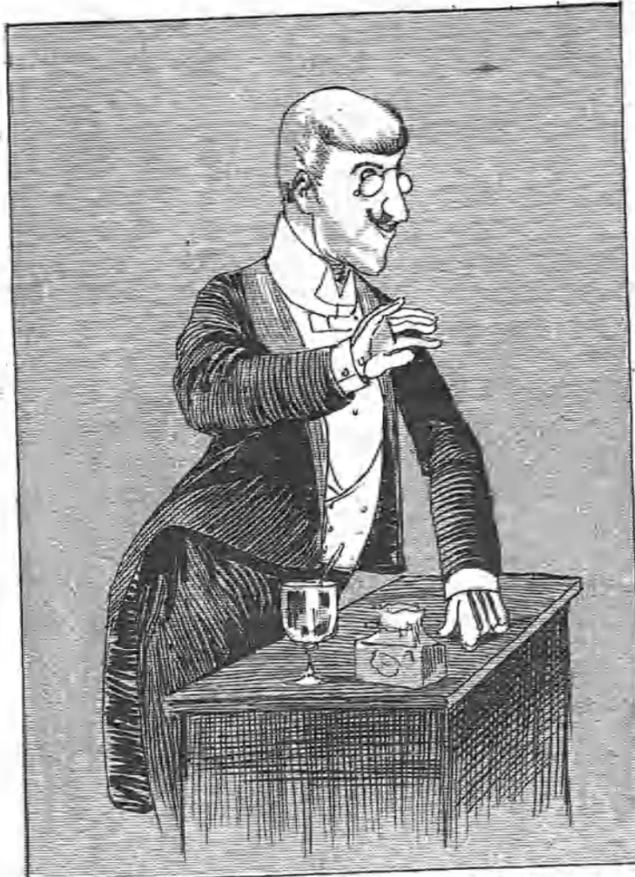
No deja huella el pie de su pisada; y pareciera, mirando su hermosura, un invento del arte su figura y su voz una música soñada...

Abre los ojos, los levanta al cielo, y un aroma de paz y de consuelo desde sus ojos brilla el cielo suyo,

¡Y el rostro más moreno de Sevilla se envuelve en la blanquísima mantilla como el disco del sol en una nube!

RICARDO CAVALERRE.





—Al ocuparme del malaventurado rey D. Carlos II, voy á hacerlo con imparcialidad suma, que bien sabe Dios no tuve jamás resentimientos con él.



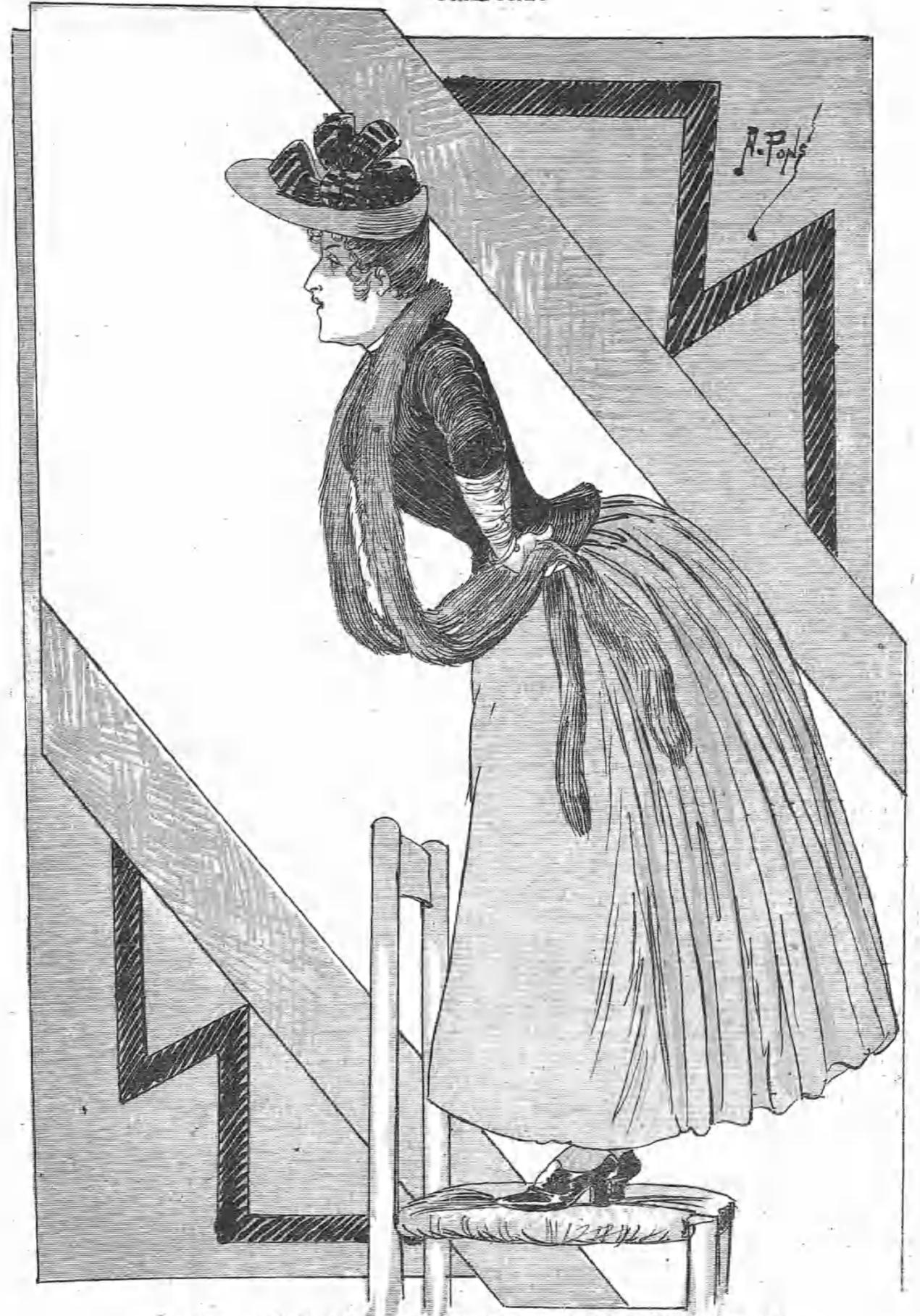
—Debéis temer al juego como uno de nuestros mayores enemigos, porque el dinero que en él se gana no puede ser-viros para bien. Ya lo sabes, tú, Pedrucho, que no me dejas en paz pidiéndome los 11 reales que me ganaste al *mus* ilus-trado.



—Porque aquí el problema, señores, es éste: el hombre, ¿es fauna, ó flora? Si fauna, ¿de qué se alimenta? Si flora, ¿qué savia le nutre? Señores...



—Eso de socialistas, y anarquistas, y nihilistas, son pala-bras conservadoras. Aquí hay que ser algo más: *apoderatistas* de todo lo que se venga á mano.



—Y si la emancipación de la mujer diera lugar á una guerra con los hombres, nosotras serí-amos las primeras en exponer nuestros pechos ante los enemigos.

LOS NIÑOS QUE MATAN

Se acabó la poesía de la especie humana; ya no hay niños. Los que tomamos por tales, no son sino hombres pequeños que fuman, galantean, se baten, redactan periódicos, luchan con fieras, como otra fiera cualquiera, como un hombre, por ejemplo, asombran al público con los ricos tesoros de su inteligencia ó le conmueven hondamente con los destellos de su genio, y, en fin, hasta se erigen en intérpretes del Espíritu Santo desde la cátedra sagrada. Fiel trasunto de la vida de los grandes, la de los pequeños ofrece todos bañados de luz, pero también otros hundidos en tinieblas, y el crimen halla medio de introducirse en ellos, como la oruga en los capullos apenas entreabiertos.

Por bien de la humanidad y de su parte más interesante y encantadora, queremos creer que las catástrofes que en los juegos de los niños lamentamos son obra de la casualidad; mas es lo cierto que la frecuencia con que se repiten y el número de casualidades que se necesitan, hacen suponer en algunos casos algo más que pura desgracia.

En el hecho más simple de la voluntad, en donde los psicólogos de la antigua escuela no veían más que una determinación libre del espíritu, hoy, guiados de mejor luz, vemos la resultante de gran número de fuerzas. A los gérmenes transmitidos por la herencia, á las condiciones ya físicas, ya morales, otorgadas ó negadas por el medio en que el individuo se desarrolla, á todos juntamente se les puede decir en presencia del hecho cumplido, el verso de Lista:

Todo en él pacietis vuestras miras.

Ahora bien; ¿es la herencia por nosotros transmitida freno ó adicte de las pasiones? ¿Es el medio por nosotros preparado refractario á los actos de violencia? De no ser satisfactoria á los intereses de la civilización y de la cultura nacional la contestación á estas preguntas, sería el caso entonces de repetir la tan sabida máxima, apliéndola al hecho presente, cuando el niño delinque, toda la sociedad delinque con él.

La tensión constante de nuestros nervios, la exarcebación de nuestras pasiones, la neurosis enfermedad endémica de los pueblos cultos, son los dones que ofrecemos á esos tiernos cuerpecitos, que apenas pueden resistir el fluido que por sus nervios circula. Con tal base fisiológica fácil es pronosticar los efectos de su vida psíquica: desarrollo precoz de la inteligencia; precocidad sin mayor de las funciones afectivas; pasiones prematuras sin motivo alguno orgánico que las justifique; el cerebro, «*in fin*», aniquilando el resto del cuerpo y acabando, como es natural, por aniquilarse á sí mismo. No tienen, pues, nada de extraño esos amores nacidos entre la primera y la segunda dentición, ni asimismo los celos que, como la sombra al cuerpo, los siguen por todas partes.

Los Otelos con chichonera resultarían, por otra parte, gradosísimos, si no fuera porque á las veces hacen verdaderas Demómonas.

Bien sabe Dios que no quisiera bosquejar el medio que á la inocencia tiene preparado este mundo de adelantos y desdichas. Los que lloran el inmenso infortunio de no haber visto un ángel á su lado más que el tiempo necesario para no poder dudar de su existencia, esos hallarán algún lenitivo á su dolor con sólo pensar que, para oír lo que fatalmente hablan de oír, para ver tantas cosas que no son para vistas, para hacer lo que comúnmente se hace, vale más que habitar aquellos idolatrados seres la morada oscura de la única mansión de paz en la tierra.

Pero no hay más remedio: es preciso decir algo.

No se distinguen nuestros sentimientos por la felicidad ni nuestro carácter por la dulzura.

A ser el *Ingenioso Hidalgo* obra de nuestros días, no hubiera yo tenido reparo en censurar por inverosímiles las palabras con que lamenta el bueno de Sancho la pérdida de su jumento. No se compadecen bien esos arranques sentimentales con los instintos crueles que se ponen de manifiesto en la llamada fiesta nacional, ya anatematizada por el inmortal Tirso de Molina. Juntanse á estos extravíos de la sensibilidad de nuestra raza, otro todavía más grave: el desconocimiento de los derechos de los demás. De aquí la pretensión de anular el juicio ajeno ante el propio; de aquí la pretensión de encadenar la voluntad ajena á la nuestra. No hemos visto á una asamblea religiosa querer, no ha mucho, pasar la terraja de la intolerancia por la conciencia de millones de españoles, olvidando, en medio de su ilustración, que está ya dura la pasta para esa obra de uniformidad y simetría, menospreciando en medio de su religión las facultades más nobles que aya'aran la obra maestra de Dios?

Si tener que recurrir á perversidad de instintos, á malicia de la voluntad, por lo que llevo expuesto, y por la gran fuerza de asimilación de que está

dotada la niñez para apropiarse los elementos, tanto materiales como morales que la rodean, se vendrá en conocimiento de que nada de excepcional tiene el hecho que me hace tomar la pluma, y que si no se extiende más, no será por vergüenza nuestra, por nuestros cuidados en la conservación de los llamados á sucedernos, sino porque hay, según dicen, una providencia de los niños, ó porque, al decir de otros, con profundo sentido, el diablo los guarda, ó porque, como yo creo, son en cualquiera época de su edad infantil menos niños de lo que nos figuramos, y á falta de otra ayuda, se escuchan con el instinto de conservación para no hacer más diabluras.

Ello es que la pobre niña, la víctima inocente de viejos pasados y presentes, así sociales como individuales, cuando apenas podía entrever el misterio que encierra la palabra amor, ha venido á dar en otro mucho más tenebroso, en el de la muerte, tan poco sospechado en los albores de la vida. Amor y muerte, las dos cosas más hermosas de la creación, según Leopardi, han sonado á un mismo tiempo en los castos oídos de la infeliz ó, feliz criatura.

Dirijo la vista á todos lados en demanda de medios que dificulten, si no imposibiliten, la repetición de hechos como éste, y los medios no parecen, ó son de utilidad bastante dudosa. Impedir, tal vez, la venta de armas á gente que no se afecta; pero, aparte de que el negocio no tiene extrañas y de que sería punto menudísimo imposible vigilar la expedición de tal artículo, ¡hay tantas maneras de procurárselo de contrabando! abundan tanto los instrumentos de destrucción! Fortalecer el sentimiento religioso; pero si los actores de esta infelicísima tragedia pertenecen á la religión de nuestros abuelos, si alguno de ellos ocupaba, según un periódico, el primer peldaño de la larguísima escala jerárquica de la Iglesia, que toca en el suelo con el arcángel y llega al cielo con el Único, como dice Rabelais para designar al Papá Inocencio desde la primera edad el sentimiento del derecho, la veneración á la ley; pero nuestros Gobiernos, preocupados con que los alumnos de segunda enseñanza aprendan á criar melones, porque es cosa convenida que todos vamos á ser agricultores, se han olvidado de fundar clases de Derecho natural ó positivo. Ciertamente no es ésta la ocasión más propicia, cuando se luce ya el caso omiso de la enseñanza de la Moral en algunos Institutos. También las penas, severas y rigurosamente cumplidas, podrían servir; pero si sus efectos más positivos sólo se sienten en las generaciones sucesivas, como procedimiento negativo que son de selección artificial, y sus efectos inmediatos, empujando del culpable y escarmiento de los demás, son desmentidos á menudo por la experiencia...

No niego que todos estos medios reunidos harán algo de provecho, pero no gran cosa, en los males presentes que lamentamos. Para lo que sí servirían con mucha más eficacia sería para humanizar los caracteres y sentimientos de las generaciones futuras, humanizando el medio en que se ha de desenvolver su existencia.

José M. Esparí.



EL CASTIGO

No tengo valor para hablarle, y apenas si lo tengo para escribirle. Soy un cobardo á quien las circunstancias obligan al heroísmo...

Y después de este prefacio, relató una historia, falta de originalidad, pero hábilmente escrita, con frases de efectos y razonamientos lógicos, que terminaba con la noticia de su próximo matrimonio. Y á continuación disculpas, satisfacciones, excusas, un amontonamiento de palabras para justificar lo injustificable.

Se puso en pie y estuvo rabiando, con mano trémula, aquel papel en el que había estampado el ingrato, con heroica resolución, las palabras reveladoras de su infancia:

— ¡Misérable!

Maquinalmente se llevó las manos á la cabeza. Se sentía atontada. La lectura de aquella carta le había producido el mismo efecto que si le hubiesen dado un mazazo en el cráneo. No podía pensar.

Poco á poco fué cediendo su aturdimiento, y recordó, palabra por palabra, con pasmosa fidelidad, toda la carta de su amante.

Se echó á llorar; primero convulsivamente, con sollozos y gritos desgarradores, y después, ya casi calmada, silenciosamente, con más lágrimas que suspiros.

Pasado el violento acceso pasional, ya en posesión completa y absoluta de todos sus sentidos, se erigió en juez de su causa, y formuló fríamente este apóstrofo, solemnemente como una sentencia:

— ¡Misérable!

É inspirada por sentimientos de indignación más que de cólera, estrafó nuevamente el papel en



tre sus manos, encogióse de hombros despreciativamente, y lo arrojó á la chimenea con ademán deasco y de desdén.

— ¡No merece mi cólera, sino mi desprecio!

Y miró satisfecha cómo el fuego reducía á cenizas la carta.

— ¡Así! ¡Muy bien!

Después se sintió completamente tranquila.

— Créo que debo darme la enhorabuena. Soy un preso que recobra la libertad.

Hizo una pausa.

— ¡Ah, no! Es inútil empeño. No logro engañarme... ¡Soy tan insensata—! si me da vergüenza confesarlo! — que siento la nostalgia del calabozo... Me parecen á esos pájaros que después de muchos años de cautiverio recobran la libertad. La costumbre se manifiesta en ellos más poderosa que el instinto, y asustados de la inmensidad del espacio, revolotean torpemente alrededor de su jaula, y hasta intentan penetrar en ella, no queriendo gozar de un placer que desconocen y que no apetece, y que, por lo tanto, no consideran como tal placer. Pues bien, yo soy como el pájaro hecho á la esclavitud y que recobra la libertad. Apuro mi prisión y arrastro con gusto mi cadena.

Dirió á la chimenea, donde danzaban, impelidos por las llamas, los fragmentos de la carta de su amante.

— Pero he aquí que, inopinadamente, me declaran libre y me quitan las cadenas, conduciéndome al suplicio de la libertad.

Y pensó con temor en el porvenir, en aquel mañana desconocido, y olvidó el presente.

— ¿Qué va á ser de mí?

Se hizo esta pregunta con verdadera angustia, asustada del problema que planteaba.

— ¿Mi marido?... ¡Sí! ¡Mi marido! Cometí la villanía de abandonarle, inducida por los consejos del que hoy me abandona á mí. Hace tiempo que entre los dos hay abismos que ni uno ni otro puede salvar dignamente. ¡Una reconciliación! ¡Imposible!

Se apretó la cabeza con la desesperación del que busca una idea y no la encuentra, y escudriñó largo rato en su cerebro, con heróica tenacidad, buscando en vano la solución del problema.

— ¿Entonces, quién?

Hizo otra pausa.

— ¡Nadie!

Cuando arrancó de su cabeza aquella desconsoladora verdad, sintió flaquear su espíritu al par de su cuerpo. Instintivamente se apoyó en un mueble para no caer al suelo, y miró con angustia alrededor suyo, buscando afanosamente alguien á quien implorar amparo y ayuda; y al verse sola, completamente sola, lanzó un grito de cólera y de desesperación:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Brotó un sollozo de su boca, elevó los brazos á lo alto en actitud de amenaza, y cayó pesadamente al suelo, derribada por el dolor y la rabia.

MICHEL SAVA.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONTINUACIÓN.—VÉANSE LOS NÚMEROS 85, 86, 87, 88 Y 89.

— ¡Los envidiosos son los que se rían burlado de mí cuando le traía á casa! Hacían como que reían, pero en el fondo estaban muy mortificados por mi adquisición. ¿Como que no poseo un avestruz todo el que lo quiere!

La señora pareció convenirse con aquellos razonamientos. Se bautizó ella, y con el nombre de *Cocotte*, y abandonando el nombre, toda la familia reunida se dirigió á la cuadra á visitar el avestruz, llevando consigo todo el pan que había en la casa.

Cocotte comió todo lo que le ofrecieron, y aún más de lo que le ofrecieron, incluso un sombrero verde de madama Martinot y un abalillo de cartón, que el más pequeñuelo de los chicos arrastraba jugando, atado á la punta de un bramante.

A las nueve todo el mundo se refirió á descansar, y el avestruz quedó solo y tranquilo en la cuadra.

Poco después todos dormían en la casa.

Al otro día Martinot (Pablo) estaba derrengado.

La carrera que le había hecho dar el avestruz le tenía completamente molido. En su consecuencia, escribió un volante á un compañero de oficina, refiriéndole la llegada de *Cocotte* á la estación y sus desventuras hasta instalarse en la cuadra, y le rogaba hiciese el favor de disculparle con el jefe, pues no se encontraba con ánimos de asistir al Ministerio.

El compañero á quien Martinot remitió el volante era un guasón de primera, y se le ocurrió el diabólico pensamiento de gastar con Martinot una broma que sirviera de alegre solaz entre los compañeros de oficina.

En su consecuencia, aplicó el nombre de *Cocotte* á una mujer y contó una historia lamentable, apoyado en su fantástica versión, en aquel endiablado *quid pro quo*.

Á la media hora todo el mundo comentaba en el Ministerio el escándalo que había producido el subjefo en el pacífico pueblecillo de Ville d'Avray.

— ¡Es un libertino, con el cual no debe tenerse consideración! decía el empleado burlón, hablando con el jefe. ¿Qué confianza debe inspirar en esta casa un empleado casado que mantiene á una de esas mujeres de

vida alegre, cada una de las cuales es capaz de disipar una fortuna en quince días...?

Los altos intereses del Estado, confiados al libertino Martinot, estaban seguros bajo su custodia?

El jefe, á quien sus subordinados apellidaban *El Chismoso*, por su afición á los líos y á los enredos, encontró una ocasión favorable para chismografiar á sus anchas, y pronto hizo un castillo inexpugnable de lo que en realidad era una inocente broma oficinesca.

— ¡Hombre! decía: ¿quién pensara que el tal Martinot, que tiene una mujer tan bonita, cultivase relaciones tan incorreccas y tan peligrosas?... ¡Oh! ¡Cuando venga mañana, le pondré las orejas coloradas! ¡Ya sabe él cómo yo las gasto, y que no transijo con ninguna inmoralidad! ¡El tal Martinot! Un hombre que ha ascendido á subjefo, sin méritos algunos para ello, y que debiera dar buen ejemplo á sus subordinados!

Mientras que aquella tempestad se cernía en el Ministerio contra el pacífico poseedor de *Cocotte*, en Ville d'Avray madama

Martinot daba á éste un disgusto de padre y muy señor mío, por causa también del animalito.

— ¿Qué necesidad tenía usted de cultivar la amistad de un señor que le hace tan estrambótico regalo? ¡Destrozó un gabán nuevo, y asustarme del modo que usted lo ha hecho, cuando quise dentro de cuatro días voy á hacerle padre del cuarto hijo, es sencillamente una infamia, una infamia, caballero!

— Oye, mujer.

— ¡Ni una palabra. ¡Si mi pobrecita madre hubiera podido sospechar, al casarme, que lo hacía con un hombre tan estúpido como usted, se hubiera muerto del disgusto, en vez de morirse de una fiebre tifóidea!

— Indudablemente se hubiera muerto de algo, cuando le llegó su hora, se atrevió á replicar tímidamente Martinot.

— ¡Eso es! Riase, usted caballero! ¡Patee usted sobre la tumba de mi pobre mamá! ¡No me faltaba más que óir esto!

Y madama Martinot estalló en sollozos amargos y desgarradores.

Después de terminar aquella discusión, el pobre esposo se dirigió á la cuadra, seguido del mayor de sus hijos.

Ambos llevaban dos enormes migotes de pan. El animalucho les recibió agradablemente, y devoró uno tras otro los dos migotes. Decididamente,

Cocotte se iba civilizando. Pero al acabarse las migas, el avestruz, cuya hambre no estaba satisfecha ni mucho menos, persiguió audazmente al desventurado subjefo, que, no hallando medio mejor para apaciguarle que la dulzura, se apresuró á darle un terrón de azúcar que guardaba en el bolsillo, y cogiendo de la mano al chiquitín, se lanzó en busca de la puerta.

Pero la bestia le ganó por la mano, y colocándose en el dintel, interceptó la salida de los fegitivos.

Martinot tuvo miedo; ocultó á su hijo entre unas gavillas de heno y comenzó á pedir socorro desesperadamente.

Todo el mundo acudió á la puerta de la caballeriza, pero nadie osó penetrar en el interior.

El avestruz le arrancaba los cabellos á picotazos; Martinot gritaba; lloraba el chico, y el animal, furioso, derribaba regaderas, escobas, bruzas y cepillos, cuanto encontraba al alcance de su pico, aumentando el ruido y la confusión de un modo inconcebible.

Acudieron solícitos algunos vecinos, y no sin gran trabajo lograron poner en libertad á los prisioneros.

Martinot subió á encerrarse en su despacho, resuelto á no darse á luz hasta la hora de comer. Dió dos vueltas á la llave, y apoyando los codos en la mesa y la cabeza en las palmas de las manos, se entregó á hondas y dolorosas meditaciones.

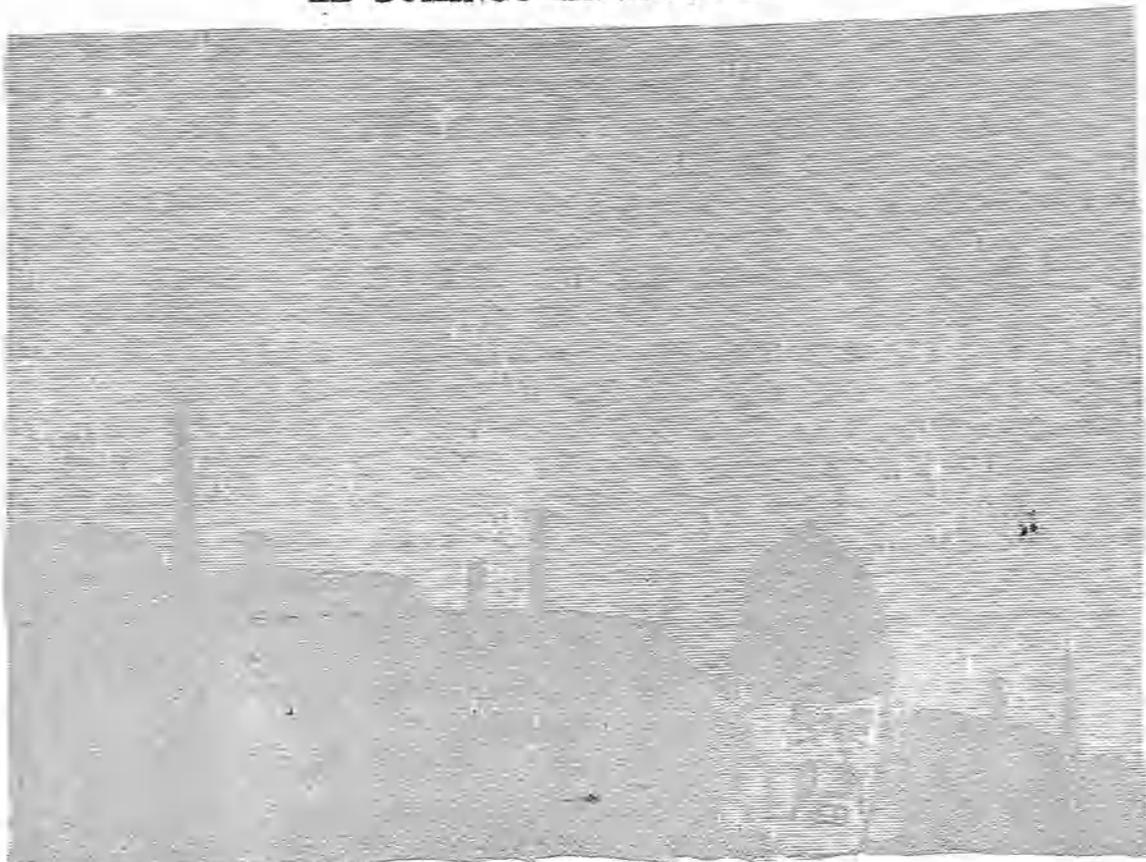
Habría transcurrido una hora, cuando la voz de madama Martinot se dejó oír á través de la puerta.

Pablo pensó que toda resistencia sería inútil.

Abrió la puerta.

(Se continuará.)





ANUNCIOS RECOMENDADOS

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy reconstituyente. Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

GRAN CENTRO DE REPARTICIÓN

A. Prades y Compañía.

AVISAMOS a nuestra numerosa clientela el traslado del *Gran centro de repartición* por mejora de local (antes Jesús y María, 32), hoy **Jordán, 3**, esquina a la de Fuencarral, donde seguimos efectuando toda clase de repartos, como periódicos, circulares, prospectos, novelas, esquelas de defunción, tarjetas de invitación, avisos, nota de precios, y la propaganda de toda clase de libros.

3, Jordán, 3, esquina a la de Fuencarral.

Se garantizan todos los trabajos de este Centro, y se remiten tarifas de precios a quien las pida.

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos a

UNA PESETA

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

JOSÉ VELARDE

TOROS Y CHIMBORAZOS

Libro de actualidad.

Precio: una peseta.

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color.

DOS PESETAS

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

LUIS DE ANSORENA

COSAS DE AYER

Poema en dos partes.

Precio: una peseta.

PEPA B...

Gotas de Coñac.

OBRA TÓNICO-FESTIVA

Un lujoso volumen en 4.º, con numerosas ilustraciones en color,

TRES PESETAS

Todas las obras arriba mencionadas se hallan de venta en todas las librerías de España y América. Se sirven por el correo, franco de porte, haciendo los pedidos a esta Administración, acompañados de su valor en sellos o libranzas del Giro mutuo.